

QUERENCIO

Sergio Gómez Moyano

2019

SEKOTIA

Narrativa con Valores

ÍNDICE

<u>1. Inconformidad</u>	11
<u>2. Partida</u>	21
<u>3. Numenio</u>	27
<u>4. Animales y humanos</u>	31
<u>5. Naturaleza desnuda</u>	41
<u>6. El enviado</u>	53
<u>7. No tan distintos</u>	65
<u>8. Los espíritus del río viejo</u>	73
<u>9. Lo más inesperado</u>	83
<u>10. El claro</u>	93
<u>11. Arte</u>	101
<u>12. La segadora implacable</u>	109
<u>13. Desesperación</u>	117
<u>14. Extravagante encuentro</u>	123
<u>15. Amor por la sabiduría</u>	135
<u>16. Un visitante inesperado</u>	147
<u>17. Los habitantes del valle</u>	155

<u>18. Los habitantes de la montaña</u>	163
<u>19. La decisión</u>	191
<u>20. Noticias del valle</u>	182
<u>21. Dilema</u>	197
<u>22. Ciudad en construcción</u>	205
<u>23. Como viejos amigos</u>	213
<u>24. Intercambio</u>	217
<u>25. Un nuevo viaje</u>	223

INCONFORMIDAD

En La Villa la vida transcurría tan plácidamente como el remanso de un gran río a pocos kilómetros de la desembocadura. Después de muchos años de historia había forjado una cultura y unas costumbres que impregnaban cada acto realizado por sus ciudadanos. En sus numerosas escuelas se instruía esmeradamente a sus hijos, y la academia era el orgullo de todos. En ella se formaban matemáticos, músicos, poetas... La elite del pueblo había estudiado en ella, y se impartían las más exquisitas disciplinas.

El gobernante se elegía democráticamente cada año. Su papel consistía en moderar las discusiones políticas, en las que todos los ciudadanos podían tomar parte. Abundantes templos adornaban las calles y plazas, donde los sacerdotes ofrecían sacrificios a los dioses en ostentoso afán por asegurarse su favor. La majestad de

los monumentos excedía toda alabanza. Un arte refinado y cargado de símbolos recubría todos los edificios públicos, y muchos privados. La misma Villa había sido construida según un plan, con un orden funcional lógico en las calles, con mercados, fuentes y centros de enseñanza, entretenimiento y descanso estratégicamente repartidos por toda su extensión. Y este orden también regía las vidas. A todo recién nacido le esperaban al menos ocho años de escuela y dos o tres de servicio militar obligatorio, en función de la necesidad del momento. Aprenderían de sus poetas y sus mayores a ser auténticos ciudadanos de La Villa.

Querencio era un muchacho de buen aspecto, esbelto y de cabellos negros, que acababa de regresar de sus obligaciones militares. Coincidió su retorno a casa con los preparativos de las Fiestas Cíclicas. Estas celebraciones eran las más importantes de La Villa y se engalanaba toda ella con la misma solicitud de una novia el día de su alianza matrimonial. De los balcones colgaban guirnaldas de flores y lazos de fina seda de los más variados colores. Las mujeres se vestían con sus mejores túnicas y no dejaban ningún detalle al azar en sus tocados. Los hombres se aseaban convenientemente, se afeitaban sus barbas y bigotes o se los arreglaban al milímetro y se untaban los cabellos con ungüentos. Los templos abrían sus puertas desde las primeras horas de la mañana y no se cerraban hasta el anochecer. En ellos siempre había voluntarios rindiendo culto a las ancestrales deidades protectoras de la ciudad. Ante el palacio del pueblo, sobre las marmóreas losas del foro se organizaban competiciones deportivas y concursos de poesía y teatro durante el día, mientras que, al caer la tarde, una orquesta animaba a los jóvenes al baile. Las calles de pavimento blanco y bien nivelado se cubrían de pequeños carros con frutas, panecillos dulces, vino, miel y cerveza. Todo gratis, porque los festejos del Ciclo de la Vida se disfrutaban por todo lo alto, después de los agotadores trabajos de la cosecha de los cereales.

El padre de Querencio se acercó a él, para hablarle:

—Hijo, desde que has vuelto del ejército te encuentro muy pensativo, algo cabizbajo. ¿Es que has trabado combate? ¿Te has batido cuerpo a cuerpo en el campo de batalla? Si es así, entiendo

tu tristeza. Pero ese es el precio que debemos pagar por nuestra seguridad y por la conservación de nuestras costumbres y de nuestra tierra, esta tierra que te ha alimentado y te ha visto crecer a ti, a mí y al resto de nuestros antepasados; y estas costumbres que te han convertido en un hombre civilizado y digno. Ojalá, te lo digo sinceramente, se pudieran evitar las guerras.

Querencio miraba distraídamente el movimiento de los labios de su padre, pero le costaba fijar la atención en sus palabras. Se dio media vuelta, suspiró y respondió así:

—Ciertamente he entrado en combate y mi estreno en el campo de batalla no fue menos traumático para mí que para el resto de mis compañeros. Yo he regresado a casa ileso mientras que otros dejaron su vida en la frontera. Sí, tienes razón —continuó volteándose hacia su padre—, siento tristeza y amargura. Pero más que la lucha librada, es la vida misma la que me apesadumbra. Cuando contemplé el cuerpo inerte de Glauco... su cuello atravesado por una flecha, su casco abollado, el pecho salpicado de negra sangre... Crecimos juntos, habíamos jugado juntos, compartíamos proyectos de futuro: iríamos a estudiar bajo las órdenes del mismo sabio maestro y nos convertiríamos en grandes políticos, los mejores de la historia de nuestro pueblo, porque sabríamos gobernar con justicia. La gente sería feliz... —Hizo una pausa y agachó la cabeza—. Y toda aquella ilusión se vio rota en Glauco ese día. Y no únicamente en él. Solo los dioses conocen los ideales y los planes de futuro que desaparecieron con la muerte de tantos jóvenes de mi edad. Vidas segadas. Y yo me pregunto por qué. ¿Qué sentido tiene la vida, si en cualquier momento la puedes perder y todo aquello que era valioso para ti deja de existir? No le encuentro sentido. ¿Para qué estudiar y luchar por un puesto de gobierno? ¿Para qué las convenciones sociales, toda esa elaboración complicada de normas de comportamiento? ¿Para qué estas fiestas tan bien organizadas, que disfrutaba tanto de pequeño y ahora me parecen huecas? ¿Y por qué la gente se afana tanto en acumular riquezas? Ante Glauco muerto, no son nada.

Desde el balcón del primer piso de su espaciosa casa, tras la marmórea balaustrada, observaban cómo unas niñas bailaban brincando alegremente ante un buey blanco, de paso pesado, como abriéndole camino. Los largos cuernos del rumiante estaban adornados con ínfulas, cintas y flores. Sobre su lomo descansaba una bandeja cargada generosamente con frutas y repostería, de la que la gente se servía con gran fruición.

—La riqueza hace la vida más agradable, más segura, más... —explicó el padre.

—¡Basura, no es más que basura! ¿Para qué quieres nadar en riqueza, si no sabes por qué vives? Fachadas de oro, interiores huecos y miserables.

—Hijo, no seas tan duro, y no juzgues con tanta gratuidad.

—Pero, ¿es que no ves con qué superficialidad viven? —exclamó mientras apoyaba la mano izquierda en la barandilla del balcón y con la derecha señalaba una comparsa de malabaristas que lanzaban sus bolas y antorchas, cuyo fuego hendía el aire resoplando. Y continuó—: se rodean de lujo y diversión, se dedican a comilonas y placeres. Luego los ves en las ceremonias religiosas: ofrecen incienso y sacrifican a tal o cual deidad... la de moda, la que más convenga en el momento, la que proporcione más prestigio. ¿Cómo se debe llamar a una persona así si no superficial? ¿Qué llevan en lo profundo? ¿Qué sopesan en su corazón? ¿Qué es para ellos la vida? ¿Serán felices, se sentirán satisfechos y completos cuando les llegue el momento de la muerte? Dime, ¿qué les anima a seguir viviendo?

—Hijo, creo que te estás poniendo un poco dramático —replicó el padre de Querencio.

—Pues te lo diré con términos más inmediatos. Estos que ves por la calle, ¿se sentirán satisfechos cuando lleguen a sus casas después de la juerga desbocada que les espera esta noche?

—¿Y quién puede saberlo? Tú no te angusties —contestó el progenitor con un tono muy conciliador—, intégrate en la sociedad de los adultos, a la que ahora por derecho perteneces, y vive

como vivimos todos. Busca que, cuando llegue el final de tus días, la ciudad sea mejor.

—Suenan tentador... pero no. ¿Por qué? —preguntó el joven, como angustiado—. Dime por qué debo hacerlo.

—Pues, porque es lo mejor para ti y para todos. Si cada uno colabora para el bien de los demás, se logra el bien de todos.

El espíritu de Querencio se retorció de inquietud y pesadumbre.

—¿Es bueno seguir unas normas que no sé de dónde vienen, que yo no he creado, sin saber lo más fundamental: por qué y para qué vivo? ¿O es que acaso somos como los demás seres, como las rocas o las plantas? Ellos se rigen por leyes naturales sin saber por qué, y nosotros, en cambio, por leyes impuestas, pero tampoco sabemos el porqué. ¿Es eso ser humano?

—Bueno, nosotros pensamos.

—Sí, un buen accesorio que no sirve para nada, si no es para buscar la verdad. He sido puesto en esta vida. El sentido de esta vida no está en mí. Antes existió el mundo, después de mi muerte seguirá sin mí. El mundo tenía sus leyes cuando yo llegué a él. Yo no las he creado. Debo encajar en ellas. ¿Qué hago en este mundo ajeno a mí? ¿Por qué venir a la existencia? Pero no una existencia cualquiera. Existo y soy consciente de ello. Deseo y soy consciente de ello. Amo y soy consciente. Sufro y me doy cuenta. ¿Por qué venir a existir de esta manera para luego desaparecer? ¿Es que no somos más que pasiones inútiles? ¿No somos más que manojos de deseos sin objeto real ni perdurable? La verdad, ¿dónde está la verdad? Porque eso es lo que en el fondo quiero: la verdad. No sé qué tipo de certeza me anima a afirmar esto, pero sé que conociendo la verdad sabré por qué vivir y todo cobrará sentido. Tampoco sé dónde voy a buscarla, ni si existe, pero debo ir tras ella.

—Pero, hijo mío carísimo, ¿qué hay más verdadero que esta tu ciudad? La verdad está delante de tus ojos. La verdad es que estamos hablando. La verdad es que existimos, que tú eres mi hijo,

que hay un cielo y una tierra y necesitamos agua y comida para sobrevivir. ¿Qué verdad quieres? La tienes delante.

—No puedo negar nada de lo que me has dicho. Son evidencias. Evidencias que no son más que apariencias, fenómenos sensibles de la verdad, por decirlo así.

—Veo que has tenido mucho tiempo para pensar.

—Mira, es igual que un tribunal en que se juzga un asesinato. Lo que tiene sentido es lo que realmente ocurrió en el momento de suceder el crimen, es decir, lo que pasó de verdad. Los testigos no son más que piezas que ayudarán a los jueces y al jurado a descubrir el hecho del crimen y su sentido. De la misma manera tiene que haber una verdad que dé sentido al conjunto de los acontecimientos de la vida entera, de la existencia toda, ante la cual somos como el jurado o como el juez.

—La verdad del crimen es evidente que está allí y la manifiestan los testigos que deben hablar con verdad, pero de esa verdad que da sentido a todo no nos consta de nadie que nos haya hablado de ella. ¿Y si la vida, así en su conjunto, en su totalidad no tiene sentido?

—Pero todos pretendemos decir la verdad, nuestra intención es que aquellas palabras que salgan de nuestra boca sean tomadas en serio. La verdad hace de apoyo para que nos entendamos, es la base de todo aquello que consideramos inteligible. Las cosas que digo son verdad porque el hecho que mi lenguaje representa, se ha dado en la realidad como lo digo. La verdad impregna todo. ¿Por qué no buscar el hecho primigenio, originario? Nos daría la gran verdad, la verdad total.

—No sé qué decirte, hijo mío. Tus palabras abruman mi pobre mente.

—Partamos, padre. Dejemos nuestra tierra, porque las costumbres atenazan y paralizan nuestras mentes. Vamos a buscar la verdad. No puedo decir que aquí no la haya, porque la verdad ciertamente lo atraviesa todo, pero está tapada. Nuestra misma existencia humana al intentar dar sentido a la vida en medio de la naturaleza hostil, ha buscado formas de comprender el mundo

que nos rodea. Nuestros antepasados crearon formas de convivencia y de relación con el medio. Buscaron significado a sus acciones y establecieron comportamientos aceptables dentro de la comunidad. Así se ha ido modelando el mundo humano. Ellos sabían la razón de tal o cual costumbre o forma de proceder. Ellos la crearon como respuesta a una situación. Esas costumbres tenían sentido. Hicieron por ello un mundo de sentido, distinto del natural, hicieron un mundo humano. Pero, ¿quién de nosotros conoce ahora el porqué del comportamiento social? La rutina de los años y las generaciones han ido ocultando los orígenes. Las tradiciones se han podrido por el camino, les hemos cortado el cordón umbilical que las unía al sentido. Y, aunque conociera el porqué de cada forma de comportamiento de nuestra sociedad, me quedarían dudas: ¿estos comportamientos, ¿son solo conveniencias o están inscritos en nuestra naturaleza? ¿Cuál es la verdad sobre la que se basa nuestra vida? Si el mundo dejara de existir y todas las verdades evidentes de que me hablabas antes, como el hecho de que estamos aquí y que necesitamos agua y alimento para sobrevivir, ya no estuvieran delante, ¿seguiría en pie la verdad que busco? Creo que sí. Necesito la verdad en estado puro, romper estas estructuras, prescindir de ellas, volver a ese momento en el que es imperativo buscar sentido en el mundo hostil y anantropológico. ¡Marchemos, padre! Dejemos nuestra tierra y nuestras raíces, pues nos atan y nos impiden volar. Liberémonos de los prejuicios de nuestra ciudad y rompamos las fronteras en nuestra mente. Partamos, padre, a extender nuestro horizonte, a ampliar nuestra visión, a descubrir aquello que de verdad poseen los demás hombres.

—Pero, hijo mío, ¿qué esperas encontrar fuera de nuestra civilización?

—Acaso crees que no hay más mundo que el que nos rodea.

—Claro que existen otras tierras y otros pueblos.

Empezó a oírse, en medio de la algarabía, un ruido como de trompetas lejanas, cada vez más nítidas, cada vez más contundentes. A su alrededor aparecieron, como neblina auditiva los timbres musicales de una flauta, un címbalo y voces corales. Una lluvia de

pétalos de rosa comenzó a caer desde los balcones de las viviendas hacia la calle.

—¡La procesión de Mina! Rápido, hijo, los pétalos.

La pequeña banda apareció marchando parsimoniosamente, escuchándose una melodía clara y bella y una armonía calculada y matemáticamente ejecutada. Tras los músicos doce doncellas avanzaban en dos filas. Su cabeza estaba cubierta con velos blancos translúcidos y sus cuerpos con túnicas encarnadas. Querencio ayudaba a su padre a desparramar los aterciopelados y fragantes pétalos sobre la comitiva. No tardó en pasar la carroza con la estatua de la diosa Mina, a cuyo paso todos inclinaban la cabeza. Junto a ella se sentaba inmutable la electa Reina de la Fiesta Cíclica, un honor deseado por todas las jóvenes de La Villa.

—¿Nuestros dioses —preguntó Querencio— son los únicos o los más poderosos de entre todos los pueblos?

—Claro —contestó su padre con la más absoluta certeza o la más grande de las indiferencias, y sin apartar la mirada del carruaje que se alejaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira a tu alrededor: reina el orden y la ley, y somos educados, nuestro espíritu está cultivado, tendemos a lo excelso, al honor... y no a la barbarie. Sin duda nuestros dioses son los mejores.

—¿Y por qué la barbarie no es mejor? ¡Ah! Estoy harto de nuestra prepotencia, y del desprecio de los demás simplemente por ser diferentes.

—Entiendo... —replicó su padre mesándose la barba y mirando a su hijo a los ojos con fijeza—. El problema es que durante el servicio militar has conocido a algún bárbaro que te ha dado una buena impresión, ¿no es eso? Pero, fíjate bien, hijo, que las costumbres de esos pueblos que combatimos en la frontera son salvajes —su tono de voz iba aumentando paulatinamente—. Descuartizan a los prisioneros, despellejan a los viajeros, violando todas las sagradas normas de la hospitalidad, e incluso, escúchame bien, se comen a sus semejantes. Sí, hijo sí, son an-

tropófagos. Y si en algún momento no dan esa impresión de animalidad —peroró solemnemente— es porque de alguna manera imitan nuestra cultura.

Querencio miró a su padre con ojos cansados y algo tristes. Por la calle corría una nube de niños pisoteando los restos de las rosas. La música se había diluido en el ambiente. Solo las trompetas se oían ya a cierta distancia.

—Lo siento, padre, pero ese es precisamente el problema. La Villa vive aislada. No, yo no he conocido a ningún bárbaro, a no ser muerto o en combate. Estoy convencido de que tú tampoco. No sabes cómo son, no tenemos ni idea de su forma de vivir.

—Pero nos atacan...

—A lo mejor no tienen otro remedio, a lo mejor ocupamos tierras que les pertenecen. Y si es así, ¿quién es el salvaje?

Su padre recordó en ese momento la conquista y saqueo de la Ciudadela Piramidal, en la que él mismo participó en su juventud, esa sangrienta y cruel victoria que significó el comienzo de la edad de oro de La Villa. Pareció querer decir una palabra que no llegó a articular, pero Querencio se le adelantó.

—¿Cómo podemos juzgarles sin conocerles? Es la más grande de las injusticias.

—Pero, hijo, ¿por qué insistes en defender a los extranjeros?

—No lo entiendes todavía. ¿Por qué somos nosotros los mejores? ¿Por qué no ellos? ¿Y si nos consideran basura? Según nuestros parámetros nosotros somos los mejores, según los suyos seguramente lo serán ellos. ¿Quién tiene razón? ¿Qué verdad puede justificarnos a nosotros o justificarlos a ellos?

En ese preciso instante sonaron bajos y vibrantes los cuernos del templo de Mina.

—¡Es la hora de la ceremonia del vino! —Exclamó el padre del joven desentendiéndose de él—¡Bajemos, rápido! ¡Eudora! La ceremonia del vino.

A Querencio le dio la sensación de que su profunda conversación, tan largamente pensada y ejecutada con tan grandes difi-

cultades, había caído en el más profundo de los pozos de la más esquiva despreocupación. Sin mover ni un músculo asistía al repentino ataque de alborozo de su padre, con la certeza de que ya había olvidado todo lo hablado. Lo siguió sin convencimiento, dejándose llevar por la gente a través de las calles, como una rama por la corriente de un caudaloso río, hasta la gran plaza circular, en cuyo centro se hallaba el templo dedicado a la diosa Mina, la fértil, el motor del ciclo de la vida. Después de unas palabras del gobernador, llenas de cortesía, gozo y alta retórica, la Reina de las Fiestas Cíclicas alzó un cuerno lleno a rebosar de mosto recién pisado en un lagar situado frente al templo. Desde las márgenes de la plaza se dio una orden, que se repitió y a la tercera vez doscientos tambores comenzaron a sonar al unísono. Al principio el ritmo era tranquilo y uniforme. La Reina derramaba poco a poco el fruto de la vid sobre la diosa. Anochecía. El ambiente adquiriría como por ósmosis el resplandor del fuego de las antorchas situadas en las paredes de la plaza y del templo. Los tambores se aceleraban y empezaron a perder la uniformidad. Sonaban cada vez más fuerte, más fuerte y el ritmo era cada vez más endiablado. Se derramó la última gota del mosto y la reina alzó los brazos. El gentío comenzó a rugir, el vino a fluir de las barricas, los golpes contundentes de los tambores y el alcohol empezaron a formar parte del pensar de los congregados, algunos se movían con una copa en la mano, y pronto estaban todos bailando con o sin sentido. En poco tiempo algunas personas comenzaron a destacarse por su danza convulsiva, como dormidos, pero aun así espasmódicamente activos, en trance. Querencio observaba todo como ausente, como un niño que contempla una pecera, y que es incapaz de comprender el comportamiento de los peces.